

## CAPITULO V.

De la mano á la boca.....

Volvamos ahora á la calzada de la Piedad en donde dejamos á los dos amigos dispuestos para el duelo.

El hombre que habia bajado del coche, salvó de un salto la estrecha acequia que separa la calzada del sitio en que le esperaban, y avanzó solo, llevando en la mano las dos espadas con que le vimos bajar.

Rafael y Leopoldo extrañaron verle llegar sin padrino.

La noche habia cerrado completamente.

La sombra de los árboles y matorrales que orillan el camino aumentaban la oscuridad.

El que marchaba hácia ellos, con aire resuelto y á paso apresurado, preguntó en alta voz al verse ya cerca.

—¿Es D. Leopoldo el que aguarda?

—El mismo, señor Duval.

—No me quiera vd. tan mal, querido amigo Cabrera:

llamarme Duval, no hiciera, aunque ofenderme quisiera, el mismo señor Duval.

—¿Qué oigo...! ¡Nañez!

Exclamó Leopoldo reconociendo al mendigo y corriendo á abrazarle.

—El mismo.

—¿Qué viene vd. á hacer por aquí?

—¿A hacer...? nada; porque todo está hecho ya.

—¿Qué quiere vd. decir?

—Que tengan vdes. la bondad de entrar en el coche que he traído, y que nos retiremos de este sitio.

—No puedo complacer á vd., querido amigo.

—¿Qué inconveniente existe?

—El inconveniente de que estamos esperando á una persona.

—Lo sé; pero esa persona no vendrá.

—¿Por qué?

—Porque ya vino.

—¿Cuándo?

—Hace una hora.

—¿Cómo puede ser eso, si ella misma me suplicó por medio de una esquela, que me entregó mi casera, que el duelo tuviese lugar á las nueve.

—Porque quien tomó el nombre de esa persona fué otra, con el objeto de que no se presentase.

—¿Quién?

—Un amigo de vd.

—¡Ah! ese amigo me ha hecho pasar por cobarde á sus ojos, pues al no encontrarme, me habrá acusado de villano.

—Todo lo contrario.

—¿Cómo!

—Se ha ido convencido de que sabe vd. cumplir su palabra.

—¿Sin batirse conmigo?

—Es que él cree que se ha batido con vd.

—No comprendo.

—Y que ha sido vencido.

—¿Se chancea vd?

—Digo la verdad.

—Le suplico á vd. que tenga la bondad de explicarme este logogrifo.

—Voy á hacerlo con mucho gusto.

—Ya escucho á vd.

—Esta mañana, sobre la mesa del estudio de vd., y entre los papeles, pinturas y pinceles, ví una tarjeta doblada por las tres puntas. Convencido de que se trataba de un desafío, leí el nombre que contenía, la hora, y el sitio de la cita: interesado por la vida de vd., sostén de una anciana madre, quise conocer cuál seria aproximativamente el resultado del duelo. Entonces invité á vd. á tirar un instante el florete, resuelto á dejarle á vd. venir, si era mas fuerte que yo, pero á batirme en su lugar si sucedia lo contrario, como sucedió. Convencido de que á favor de la oscuridad de la noche no seria conocido por Duval, vine á esperarle, despues de haberle enviado un recado en

nombre de vd. suplicándole retardase el duelo hasta las ocho, mientras á vd. le enviaba otro, pidiéndole en nombre de Duval, viniese á las nueve, para lograr así que la noche entrase para no ser conocido de él en la oscuridad, y salvar á vd. de una muerte segura, haciéndole llegar mas tarde. Todo salió como yo me habia propuesto: alquilé estas espadas; llegó poco despues que yo; le dije que no traia padrino porque confiaba en su hidalguía; cruzamos las espadas sin que la oscuridad nos permitiese distinguirnos; me anunció que aquel era el último instante de mi vida; que Clotilde, libre de mí, se uniria á él para siempre. Yo le contesté que las armas lo decidirian.

Entonces nos acometimos sin hablar mas palabras; y me alegré de haber tomado la resolucion de acudir al desafio, porque tiraba muy bien, y la muerte de vd. hubiera sido segura. Sin embargo, conocí desde luego que yo tenia gran ventaja sobre él. Para manifestarle que vd. era generoso y que no le quitaba vd. la vida, aunque podia hacerlo legalmente, le amenacé con un golpe al

pecho, y cuando él acudió á quitárselo, le dí de plano sobre el hombro. Furioso de ira al ver que se burlaban de él, se arrojó sobre mí, pero su espada saltó á tres varas de distancia: le habia desarmado. Pude al mismo tiempo que le desarmaba tirarle una estocada y matarle; pero no quise; hubiera sido para mí un remordimiento, antes le dije que cogiera la espada y que volviésemos á combatir si le parecia.

—¡Don Leopoldo!—me dijo no pudiendo disimular la ira de verse vencido—me ha perdonado vd. la vida; pero le advierto que no estoy dispuesto á corresponder á su generosidad: le aborrezco á vd., y no descansaré hasta no vengarme de este rasgo de benevolencia. Adios.

Y se alejó de mí; subió en el coche con su padrino, y desaparecieron los dos.

Al verles marchar, me dirijí á casa de vd. para decirle lo que habia pasado; pero habia vd. salido, y conociendo que estaria vd. aquí, he vuelto para que no esperase vd. al que ya no ha de volver.

—Pero yo no me he batido, y no quiero que nadie pueda tacharme de cobarde.

—¿Y quién podrá hacerlo? ¿Duval, ante cuyos ojos únicamente debía vd. quedar como hombre de pundonor? Para él se ha batido vd., le ha vencido y ha sido generoso. ¿Nosotros? Aquí le vemos á vd. esperando á su rival para medir con él sus armas.

—Tiene razon el señor Nuñez;—dijo Rafael.—Al único á quien tenias que convencer de tu valor, pues nosotros lo conocemos perfectamente, era á Duval, y éste ha quedado plenamente satisfecho de él. La accion del señor Nuñez ha sido muy noble, y no hay mas que conformarse con ella. Ha querido evitar la muerte de un hombre honrado, las lágrimas de una amante y la desolacion de una madre anciana, y todo lo ha conseguido sin mançillar en nada tu buen nombre.

—Sí, es verdad;—contestó Leopoldo:—me convenzo de la exactitud de esas reflexiones.

—¿Y me perdona vd.—preguntó Nuñez—

una accion que no reconocia otro origen que el de la amistad que profesó á vd?

—¡Ah...!—exclamó Leopoldo abrazándole;—vd. es el salvador de mi honra y de mi vida....!

—Bien; ahora podemos marcharnos, pues su afligida madre estará impaciente por su tardanza.

—Sí, marchemos ya.

Contestó Leopoldo. Y los tres subieron en el carruaje en que habia ido Nuñez. Al llegar al paseo de Bucareli, donde les esperaba el otro carruaje, despertaron al cochero que roncaba grandemente; le pagaron, y le dijeron que podia irse: en seguida se dirijieron adonde vivia Rafael, le dejaron en su casa, y los dos nuevos amigos marcharon juntos á la calle de Tacuba.

Nuñez quiso retirarse al dejar á Leopoldo en su habitacion; pero éste no lo permitió.

—Desde hoy—le dijo—quiero que viva vd. conmigo; que pertenezca vd. á mi familia

—Imposible: eso seria abusar de la benevolencia de vd.

—Y rehusar, lo traduciria yo por un desaire hecho á la amistad.

—Eso nunca.

—Ademas de que yo queria utilizarme de sus luces para un plan que tengo entre manos.

Dijo Leopoldo queriendo favorecer á su amigo, sin herir su amor propio.

—Todo cuanto valgo, que es muy poco, está á la disposicion de vd.

—¿No me ha dicho vd. que sabe pintar?

—En otro tiempo lo hice con bastante perfeccion.

—Pues bien: hace tiempo que me encargaron hiciese unos cuadros para colocarlos en las salas del colegio de *Las Vizcainas*; tengo ejecutados los bocetos, pero no me he podido ocupar todavía de trasladar la idea á los grandes lienzos que preparé con este objeto, por estar ocupado en otros trabajos que me ha sido imposible abandonar. ¿Tendria vd., pues, la bondad de hacerse cargo de su ejecucion?

—Temo que mi capacidad y mi buen deseo, no sean bastantes á llenar la idea de los que han ocurrido al diestro pincel de vd.

—Estoy seguro de que quedarán satisfechos. Por ahora lo que deseo es que vd. admita.

—Para mí seria una dicha suprema.

—Pues no hablemos mas: desde este instante es vd. mi socio; trabajaremos en un mismo estudio, y viviremos bajo un mismo techo.

Núñez estrechó la mano de su nuevo amigo en señal de agradecimiento.

—Admitido: voy á avisar á la posada en que tomé un cuarto esta tarde, que no me esperen, y que dispongan de él.

—Cuento con que viene vd.

—Dentro de un momento.

—¿No quiere vd. que suba las espadas?

—Si me hace vd. favor, le agradeceré que se lleve una, pues juzgo prudente ir provisto de la otra, que la llevaré oculta debajo de la levita.

—Está muy bien.

Leopoldo subió deseoso de abrazar á su

querida madre que le esperaba inquieta, y Nuñez, despues de despedir el coche, se dirigió, contento de lo que le pasaba, hácia la posada.

—Dios me hizo conocer á este excelente jóven—iba pensando;—para hacerme volver á la senda del honor. ¡Ah....! ¡para qué me separaría nunca de ella....? ¡Por qué en lugar de entregarme á la desesperacion, al desaparecer la jóven que era mi delicia, y de abrazar ciegamente el vicio, no trabajé con empeño para descubrir su paradero....? ¡Tal vez la infeliz me llamaba en su socorro, cuando yo, creyéndola ingrata la maldecía....! ¡Si has muerto, si estás en ese limpio cielo, ángel de mi inestinguible y único amor, perdóname mi fragilidad....!

Y á este recuerdo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Dominado por aquellos dulces sentimientos que le trasportaban á los gratos dias que nunca olvida el corazon, porque se graban en él de una manera indeleble, cruzó maquinalmente varias calles, sin ocuparse del rumbo que llevaba.

De repente vino á sacarle de sus meditaciones un ruido extraño; miró á todos lados, y nada vió.

La calle estaba enteramente sola.

Entonces alzó la vista, y descubrió á un hombre sobre la cerca de un jardin, que se habia detenido, esperando, sin duda, á que él pasase para bajar despues.

Nuñez reconoció el sitio, y vió que aquel jardin era el que pertenecía á la casa de Clotilde.

Esto, y el hallarse aquel hombre sobre la tapia, le hizo sospechar que era algun malvado que queria huir; sacó la espada que llevaba oculta debajo de la levita, y se dispuso á impedirle el paso.

En aquel momento se oyeron voces dentro del jardin, dadas por varias personas que sin duda venian en persecucion del mismo que esperaba Nuñez.

El que permanecía arriba se vió perdido.

Nuñez conoció que su intencion era saltar hácia donde él estaba por librarse del peligro mayor, y se acercó mas para acometerle tan pronto como descendiera. Pero

preocupado con aquel noble pensamiento, no vió que en la acera contraria, y embutido, por decirlo así, en una puerta, habia otro hombre, de larga barba, que le observaba á él, y que montaba una pistola apuntándole con ella.

El ruido y las voces de los que llegaban por el jardin, se oyeron mas cerca.

El hombre, al verse perdido, saltó á la calle, cayéndosele del bolsillo un cuaderno que llevaba.

Nuñez iba á acometerle.

El hombre de larga barba que le apuntaba disparó sobre él la pistola, y temiendo ser perseguido, huyó, siguiendo el mismo rumbo que el primero.

Al encontrarse lejos y ver que nadie les seguia, se detuvieron, y el de la barba larga preguntó al otro.

—¿Se apoderó vd. del cuaderno?

—Con la mayor facilidad.

—¿Entonces de qué provinieron las voces que se oian?

—Porque Clotilde que habia ido, no sé con qué motivo, al cuarto de Inés, al verlo

cerrado y que nadie le respondia, empezó á dar voces, á las cuales acudieron los de la casa; pero cuando ya yo, por fortuna, habia logrado salir del cuarto.

—Venga el cuaderno que en tan grave peligro nos puso.

—Voy á dárselo á vd.

Y el hombre metió la mano al bolsillo para sacarlo; pero se quedó pálido y sorprendido al encontrarse sin él.

—¿Qué sucede?

Preguntó alarmado el de la barba larga, al notar la inquietud de su compañero.

—¿Qué ha de suceder....! que no tengo el cuaderno.

—¿Cómo!

—Sin duda se me cayó del bolsillo al saltar la tapia del jardin.

—¿Será posible?

—Sí, por desgracia.

—Regístrese vd. bien.

—No, no lo tengo:—contestó el hombre despues de registrarse todos los bolsillos:—se cayó al dar el salto hácia la calle.

—¡Ah....! pues es preciso volver para buscarlo.

—Seria una imprudencia: ¿no ve vd. que si, como es posible, ha matado vd. del pistoletazo al que trató de acometerme, la justicia que estará en el teatro de la sangrienta escena, pudiera echarnos mano?

—Tiene vd. razon. ¿Qué debemos, pues, hacer?

--Por ahora retirarnos á nuestras casas, y mañana, despues de informarnos de lo que ha pasado, discurrir y meditar el modo de reparar lo perdido.

--Puesto que no queda otro remedio, marchemos hácia casa. ¡Oh....! ¡ese cuaderno.... ese cuaderno es toda mi ambicion!

Y lamentándose ambos de aquel fatal contratiempo que les habia arrebatado lo que tanto habian anhelado, se alejaron, perdiéndose á poco en la oscuridad de las solitarias calles.

¿Qué habia sido del cuaderno?

¿Se quedó tirado en la calle sin que nadie lo viera?

¿Por qué Nuñez no persiguió á aquellos dos malvados?

¿Temió el hacerlo, ó habia sido víctima del pistoletazo disparado por el hombre de la barba larga?

Antes de satisfacer á estas dudas, preciso nos es ocuparnos de otros acontecimientos que importan á nuestra historia.

#### CAPITULO VI

La casa de Nuñez.

Estamos en una casa de Nuñez en una de esas oficinas del vicario donde se guarda de la vergüenza, el dinero, la delincuencia, el tiempo, el amor á las leyes, á la caridad, la inteligencia, la fe, cuando hace el hombre digno de la sociedad.

¿Qué los seres que trascendían esos muros que dividían sus bucos insanos sus modales y las máximas de virtud tanto y tantas jóvenes que hubieran podido ser el orgullo de su patria, lo primero que se pierde es el sentimiento heroico de humanidad, el amor al prójimo y de sus semejantes.